

Históricas Digital

“Epílogo”

p. 81-84

María del Carmen Vázquez Mantecón

Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

120 p.

Ilustraciones y mapas

ISBN 978-607-02-1332-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/521/puente_calderon.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EPÍLOGO

La crueldad que tuvieron las masas contra muchos españoles, como sucedió por ejemplo en Guanajuato, sólo es equiparable a la que sus antecesores emplearon contra los indios al conquistar estas tierras. Aunque se criticó ampliamente a Hidalgo — así como a algunos de sus subalternos — por su conducta sanguinaria contra los hispanos, no sería menos la del brigadier Calleja y la de su segundo Manuel de Flon, conde de la Cadena, frente a los insurgentes y a muchos civiles indefensos. En todo caso, las matanzas de españoles generaron animadversión hacia los insurgentes, entre muchos que los habían apoyado. También a ellas se debió la formación de numerosas milicias urbanas.

Un hombre peculiar que participó en la batalla de Calderón del lado de los insurgentes — el “lidiador de toros”¹ y también “capitán de bandoleros” Agustín Marroquín — había sido el encargado de pasar a cuchillo a muchos españoles en Guadalajara quienes, según Miguel Hidalgo, tramaban una conspiración. Cuentan Mora y Alamán que lo hacía por las noches: tomaba partidas de cuarenta o más españoles prisioneros en varios edificios, los conducía a barrancas o sitios ocultos y ahí los degollaba.²

Marroquín había estado preso en Guadalajara donde había recibido doscientos azotes por sus delitos en el momento en que entraron los insurgentes a esa ciudad. Dicen varias fuentes que fue Torres el que liberó a todos los reclusos, que el bandolero pasó a

¹ Así dice Mora, lo que fue repetido después por muchos autores. En México se llamaba entonces torero al que era muy bueno en el jaripeo y coleadero de reses que se hacía sobre todo en las épocas de rodeo en las haciendas y ranchos.

² José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 126-127, y Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 102-104. Agrega Mora que, cuando se enteraron de esto Allende y Abasolo, protestaron infructuosamente frente a la inflexibilidad de su jefe. Véase también Eric Van Young, “El sociópata Agustín Marroquín”, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, edición de Felipe Castro, Virginia Guedea y José Luis Mirafuentes, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992.

servir en las huestes de Hidalgo, quien lo nombró capitán y le hizo varios encargos. De él he mencionado antes que vigilaba a Calleja, lo que permitió a éste interceptar un correo que le enviaba Hidalgo a Marroquín anunciándole su salida de Guadalajara. También señaló que habría sido él quien se encargó de terminar con el famoso conde de la Cadena. Sin embargo, soy de la opinión de que su actitud fue más bien de ambigüedad hacia los dos jefes. Cuando Calleja entró vencedor a esa ciudad, se enteró de los degüellos y quiso hacer pública la “ferocidad” de Hidalgo. Ordenó que los restos mutilados y dispersos de más de seiscientos cincuenta hispanos fueran trasladados a las iglesias para darles cristiana sepultura.³ Mora apuntó que el brigadier no se olvidó tampoco de mandar fusilar a los prisioneros que llevaba consigo, “según lo tenía de costumbre”.

Sobre Marroquín se generaron muchas leyendas a propósito de su participación en la acción de Puente de Calderón. Un realista que pasó por Guadalajara decía haberse enterado de que “Barroquín” fue nombrado coronel, ofreciéndole a Hidalgo apresar a “Callejas” sin hacerle daño, lo que le sería fácil porque se jactaba de tener ciertas relaciones con él.⁴ Otra de ellas, más difícil de comprobar, provenía de un insurgente que decía que la batalla se había perdido por traición de Marroquín que le habría dado a “Callejas” doce cañones de la mejor posición “volteándolos” en contra, a lo que se sumó el aire y la “mucho humadera”.⁵

Según Pedro García, Marroquín se había comprometido en la junta de generales insurgentes a que acometería a todo trance a Calleja durante la batalla, cosa que, según él, sí llevó a cabo.⁶ A pesar de que gozó siempre de la confianza de Hidalgo, no fue leal con él cuando la suerte les fue adversa, lo que más allá de la leyenda

³ Félix Calleja, “*Detall de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos [sic] y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja*”, Guadalajara, 3 de febrero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 360.

⁴ “Noticia que Guadalupe Marín da del estado en que se encuentra Guadalajara” (sin fecha), en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, p. 330-331.

⁵ “Carta del Sr. Navarro al cura Mercado”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, *op. cit.*, t. I, p. 390.

⁶ Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia*, México, Sep-Setentas, 1982, p. 121.

puede comprobarse en la causa abierta al jefe insurgente. Una vez en prisión ambos, el bandolero confesó que, después de Calderón, había intentado apoderarse de Allende para llevarlo ante Calleja con objeto de ser perdonado, y denunció al generalísimo por haber cometido otras matanzas de españoles,⁷ lo que de nada le valió porque finalmente fue fusilado en Chihuahua el 10 de mayo de 1811, veinte días antes de que el desafortunado caudillo levantó en armas al país contra la opresión de los que lo habían gobernado durante trescientos años. La batalla ocurrida en Puente de Calderón selló la destrucción de la etapa de la guerra de Independencia conocida como la insurrección de Hidalgo, contienda que, sin embargo, enseñó a sus subsecuentes líderes a no repetir algunos de sus errores y que les permitió organizar una prolongada resistencia que resultaría beneficiosa para la causa de la emancipación.



Calleja forjó un mito sobre esa victoria e Iturbide, con su juego, se convirtió en su más fiel apologista, aprovechando un momento político que era propicio para adular a las máximas autoridades del reino. Sin embargo, sólo se nombró a un personaje en su simulacro —el glorioso brigadier— con el que se fundió haciendo evidente su ambición de poder. Tanto en la metafórica representación de la batalla como en el recuento que haría de ella están manifiestas sus altas pretensiones de ocupar un lugar protagónico en los sucesos de sus días. Paradójicamente, en el año de 1811 Calleja había insistido en que el ejército era el único apoyo con el que contaban, y que era el que los había de salvar. Diez años después, y ya a las órdenes de ese subalterno y seguro servidor que lo aduló por su triunfo en Calderón, fue parte de ese ejército el que pactó la independencia olvidando sus juramentos de fidelidad.

Don Félix elaboró una versión de los hechos más para ser representada por el ejército del rey que para ser creída. En su interpretación no hay incidentes ni imprudencias ni conflictos que no hubieran estado planeados previamente por él, y eso es lo que mostró Iturbide, quien no se dio cuenta —y quizá Calleja tampoco— de

⁷ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 187-188.



que, con su representación a escala, redujo y banalizó aún más el desempeño de su héroe que, al final, ni fue César, ni el arroyo que atravesó se parecía en nada al Rubicón. Por otro lado, al menospreciar el punto de vista insurgente, ambos convirtieron la acción en un libreto, muy alejado de las cualidades caóticas que definen a las guerras. Ahí, como escribió León Tolstói, se da un juego muy complejo, que transcurre en un tiempo determinado y donde no es una sola voluntad la que guía, sino que todo deriva de infinidad de conflictos producidos por las muchas voluntades que participan. Por eso, concluyó este autor, nadie —incluido su comandante en jefe— puede prever lo que va a pasar, y todo se decide de modo instantáneo, sin cálculos,⁸ muy lejos, por cierto, del deseo que Calleja quiso legarnos sobre su actuación.

El relato de Pedro García y las versiones historiográficas que dieron cabida al hecho de que el campo insurgente se incendió —lo cual provocó la desbandada después de sostener el ataque por varias horas y de haber estado a punto de ganar— forman el entramado de otra versión, que también pertenece al recuerdo de esa batalla. Con todo lo que le toca de invención o de ilusión, la dota sin embargo de nuevos sentimientos, más cercanos a lo que suele suceder en la guerra, donde la victoria no está decidida de antemano y en la que los imprevistos determinan la fortuna —buena o mala— de cada uno de los que participan en ella.

⁸ Lev Tolstói, *Guerra y paz*, segunda edición, Barcelona, Debolsillo, 2005, p. 1041-1042 y 1108.